

Reproducción asistida en la historia: la experiencia ética de ser padres

Assisted reproduction in history: the ethical experience of parenting



M. Carmen Massé García

Profesora colaboradora asistente y secretaria de la Cátedra de Bioética de la Universidad Pontificia Comillas

E-mail: mcmasse@comillas.edu



Resúmen

La decisión de someterse a técnicas de reproducción médicamente asistida comporta una serie de preguntas éticas que hombres y mujeres de todos los tiempos han tenido que responderse: ¿para qué hacerlo? ¿Quién decide? ¿Por qué así? ¿Por qué no? ¿Cómo afrontar el proceso? Miramos a la Historia para ayudar a responderlas desde la experiencia de tantas mujeres y parejas que han necesitado asistir su imposible reproducción con los más inverosímiles recursos. Mirar al sujeto y su experiencia de sentido puede ser una apuesta bioética más fecunda que reducir la reflexión únicamente a las técnicas.

Abstract

The decision to undergo medically assisted reproduction techniques involves a series of ethical questions that men and women of all times have had to answer: why do so? Who decides? Why so? Why not? How to face the process? We look at History to help them respond from the experience of so many women and couples who have needed to react to attend their impossible reproduction with the most unlikely resources. Looking at the subject and their his experience of meaning may be a more fruitful bioethical proposal than resorting to reducing reflecting solely on only to techniques.

Key words

Reproducción asistida; infertilidad; historia de la medicina; bioética.

Assisted reproduction; infertility; history of medicine; bioethics.

Fechas

Recibido: 18/09/2017. Aceptado: 29/12/2017



1. Introducción

La reproducción asistida no comenzó el 25 de julio de 1978 en que nació el primer ser humano por fecundación *in vitro* (FIV). Tampoco en aquel lejano 1785, año en que se publica la primera inseminación artificial (IA) exitosa en una mujer con semen de su cónyuge. La reproducción humana ha sido asistida desde el principio de los tiempos, desde que los seres humanos comenzaron a intervenir en su propia biología para vencer los males que nos aquejan. Y no cabe duda de que la infertilidad es uno de los mayores temores que ha padecido la humanidad, desde luego con reparto desigual entre hombres y mujeres del infortunio que conlleva.

Desde esta perspectiva, en este artículo hago la opción metodológica de llamar “reproducción asistida” a todas aquellas asistencias a la reproducción que mujeres y hombres han llevado a cabo para conseguir vencer la esterilidad, sea con dolorosas técnicas quirúrgicas, con fumigaciones, oraciones, amuletos, rituales, relaciones con las esclavas... De la misma forma que hoy las parejas se confían en las manos de sus ginecólogos y técnicos de laboratorio, ayer lo hacían en manos de sus sacerdotes, curanderos, médicos, barberos, matronas que tenían en sus manos las únicas formas conocidas de alcanzar el ansiado heredero. En realidad, en muchos casos, las diferencias entre unos y otros quedaban más que desdibujadas al encontrar en los textos sacerdotes que recomendaban eficaces medidas de higiene sexual, médicos que prescribían amuletos o curanderos que imploraban a la Virgen y los santos entre sus habituales tratamientos. Hoy sería una aberración científica llamar “reproducción asistida” a viajes a santuarios, la ingesta de infusiones homeopáticas

o portar amuletos de la suerte, pero hasta hace apenas dos o tres siglos, la esperanza puesta en ellos y la interpretación de los efectos era común a la que se tenía a los tratados médicos de la época¹.

Hoy, las parejas o los individuos que desean ser padres habrán de someterse a largos tratamientos, molestos y dolorosos para las mujeres en la mayor parte de los casos. Quizás tengan que hacer frente a un gasto considerable –según la técnica y el país–, posiblemente tengan que hacer un largo viaje si no es legal en su Estado o es demasiado costoso y arriesgado. Experiencias todas ellas muy parecidas a las que mujeres y algunos hombres de todos los tiempos han vivido para tratar de lograr lo que su época le ofrecía: sanadores de lejanas tierras con tratamientos imposibles, dilataciones cervicales infinitas para abrir lo que Dios parecía haber cerrado, lugares mágicos con piedras o árboles fecundantes, templos sagrados en los que dormir y así recibir de los dioses el

La reproducción humana ha sido asistida desde el principio de los tiempos, desde que los seres humanos comenzaron a intervenir en su propia biología para vencer los males que nos aquejan

1 Una puntualización terminológica. Entre las definiciones de consenso ratificadas en septiembre de 2017 entre los profesionales de la medicina reproductiva, las “técnicas de reproducción asistida” solo incluyen aquellas que manipulan gametos o embriones *in vitro*, ni siquiera la IA quedaría incluida en esta denominación. Para englobar el conjunto de técnicas que intervienen en la reproducción en cualquiera de sus fases, se reserva el término “Reproducción Médicamente Asistida”. Parece que el adverbio “médicamente” excluiría cualquier otra forma no médica de asistir a la reproducción. En Zegers-Hochschild, F., Adamson, G. D., Dyer, S., et al. (2017). The international glossary on infertility and fertility care, 2017. *Human Reproduction*, 32(9), 1786-1801.



secreto de la fecundidad..., un sinfín de “técnicas” religiosas, mágicas, médicas, higiénicas, quirúrgicas o simplemente saludables con un mismo fin: la reproducción².

Ante la decisión de someterse a reproducción asistida, surgen preguntas éticas comunes a todos los tiempos que en las páginas que siguen trataré de formular. La propuesta de este artículo será aprender del pasado, conocer las respuestas que mujeres y hombres han dado con desigual desenlace, no tanto en la consecución del deseo reproductivo cuanto en lo que a proyecto de vida, feliz y pleno, se refiere. Nos acercaremos así a la historia, a la vida concreta de mujeres y hombres, para tratar de aprender, de no repetir errores pasados, de poner el foco en aquellas cuestiones que realmente son capaces de dar sentido a una vida, sea personal o conyugal, sea fecunda o estéril.

2. SER madre o TENER hijos. ¿Para qué la reproducción asistida?

La primera pregunta que ha de formularse cuando se decide tomar medidas para asistir a la imposible reproducción es: ¿para qué someterme a estos métodos, que posiblemente sean dolorosos, costosos y no sabemos si eficaces? Es decir, ¿qué deseo realmente alcanzar, la maternidad o la posesión de un hijo? ¿Una identidad, un proyecto, un deseo, una necesidad (económica, social, política, psicológica)?

La maternidad ha supuesto para la mayor parte de las mujeres de la antigüedad la ansiada frontera entre el ser y el no ser. La mujer estéril podía ser considerada como una muerta en vida, digna de repudio y condenada a la soledad y la exclusión

La maternidad ha supuesto para la mayor parte de las mujeres de la antigüedad la ansiada frontera entre el ser y el no ser. La mujer estéril podía ser considerada como una muerta en vida, digna de repudio y condenada a la soledad y la exclusión³. Dado que la causante de la esterilidad era principalmente la mujer (tierra fértil o estéril donde poner la semilla siempre fecunda del varón), ser madre podía ser considerado, literalmente, cuestión de vida o muerte.

En este sentido podemos aprender de la experiencia de Ana, madre del profeta Samuel, a quien su marido Elcaná amaba sinceramente (Cf. 1Sam 1,1-20). Ana se dirigió directamente a su Dios Yahvé como solo los varones y sacerdotes podían hacerlo, y desahogó su corazón. Ella no quería un hijo, quizás ni siquiera ser madre, Ana quería simplemente ser, ser para Dios alguien digno de su atención y cuidado. Es por ello que Ana mudó su rostro solo con saber que había sido escuchada por Dios, aun viniendo de labios de un limitado mediador que había confundido su desesperación con la embriaguez. Es así como volvió a su vida, sus rutinas, sus relaciones con Elcaná y solo entonces dice el texto que Dios se acordó de ella, quedó embarazada y Ana entrega el niño a Yahvé en Siló (Cf. 1Sam 1,28). Uno de los cantos más bellos de la Biblia muestra que esta experiencia dio sentido a la existencia de esta sencilla mujer y, con ella a tantas otras de la historia (1Sam 2,1-10).

2 Sobre la esterilidad en la historia, su comprensión, sus tratamientos y sus experiencias puede consultarse la obra: Massé García, M. C. (2016). *La esterilidad en la historia. Sufriarla, comprenderla y superarla*. Madrid: Dyckinson.

3 “Se ha enseñado: quien no tiene hijos, es como si estuviese muerto, como si lo hubiesen destruido”. *Génesis Rabbah* XLV,2.



El camino del ser no es fácil, como todos los procesos de crecimiento, de configuración identitaria, de aceptación de uno mismo. El camino del tener, cuando de un hijo se trata, puede ser hoy día más fácil que nunca, pero no parece que traiga consigo la felicidad deseada, puesto que el afán de poseer es insaciable

Distinta experiencia se nos narra en la tragedia de Eurípides *Ion* (Eurípides, 1978). Creusa, hija de Erecteo, primer rey de Atenas, no podía darle un hijo a Juto, hijo del rey de Tebas. Lo cierto es que ella no era estéril, o al menos ya sabía de su fertilidad al haber sido madre tras ser violada por Apolo. Sin embargo, ella quería un hijo, y un hijo que le fuera propio. Ella había gritado “¡Ay de mí, quiero morir!” (*Ion*, 765) al anunciársele que ella nunca podría “tomar un hijo en sus brazos ni acercarlo a su pecho” (*Ion*, 760). Pero su dolor no hizo más que empezar, pues seguidamente sabrá que a su esposo se le dará un hijo varón “sin que ella tome parte” (*Ion*, 775). Creusa quiere tener un hijo, y quiere que sea de ella. Su desesperación le lleva a tomar decisiones encadenadamente erróneas, hasta el punto de planear la muerte del que será hijo de Juto –y con ello buscar su propia condena a muerte–, sin saber que era su hijo biológico fruto de la violación que sufrió. El deseo de tener un hijo, paradójicamente, puede llevar a situaciones de muerte, pues la vida ha quedado en un segundo plano.

Otra experiencia muy repetida en la historia es la responsabilidad social de tener hijos para el Estado. Ya no es tanto una posesión propia, sino un deber de devolver al Estado lo que es suyo para contribuir en su desarrollo y expansión. Así lo expresó Platón en el libro VI de sus *Leyes*: “La joven esposa y su marido deben procurar procrear para la ciudad los hijos más bellos y mejores que puedan” (Platón, 1999, n. 783e). Reproducirse, para Platón, es una obligación política. Para ello, dispone de medidas de vigi-

lancia para que este deber sea puntualmente cumplido, aunque es de agradecer que, al menos, para quienes no podían hacerlo en el plazo convenido (bastante amplio, diez años), no dispuso medidas punitivas, sino simplemente “deben separarse y deliberar en común con los parientes y las mujeres magistradas lo que conviene a ambos”. Es decir, si son fértiles, deben proceder según conviene al Estado y, si son estériles, habrán de deliberar juntos y con ayuda legitimada, para ver lo que les conviene como pareja.

Algo muy diferente fue lo que posteriormente se llevó a cabo en el Imperio Romano. Con la *Lex Julia et Papia*⁴, los varones sin hijos no podían ostentar ciertos cargos y apenas heredarían la mitad de lo que les correspondiera. La reproducción era considerada por los funcionarios públicos de Roma un deber cívico que había que estimular, pues contribuía a la expansión del nombre de Roma, como afirmó Julio Valerio Mayoriano en el s. V (Lyndon, 1994, p. 15).

Posteriormente, veremos repetidamente en la historia la experiencia de reyes y reinas que, ciertamente, vivieron la procreación como una obligación de Estado. Aquí encontraremos historias descabelladas de infidelidades, hechizos, encarcelamientos, secretas inseminaciones, juramentos y toda clase de pruebas en busca de un heredero, fin que justifica cualquier medio. Así lo vivieron Enrique IV de Castilla (y Juana de Portugal), Fernando el Católico (y Germana de Foix), Catalina de Médicis (y Enrique II de

4 Así se llamó a la *Lex Julia de maritandis ordinibus* del año 18 a. C. y la *Lex Papia Poppaea* del año 9 d. C.



Francia), Carlos II (y María Luisa de Orleans), Luis I (y Luisa Isabel de Orleans), Fernando VI (y Bárbara de Braganza), entre los más conocidos (Massé, 2016, p. 191).

Hoy, como ayer, las parejas han de preguntarse honestamente si quieren ser padres o tener hijos. El camino del ser no es fácil, como todos los procesos de crecimiento, de configuración identitaria, de aceptación de uno mismo. El camino del tener, cuando de un hijo se trata, puede ser hoy día más fácil que nunca, pero no parece que traiga consigo la felicidad deseada, puesto que el afán de poseer es insaciable.

3. Una cuestión personal o un proyecto de pareja. ¿Quién?

El deseo de paternidad o maternidad individual es lo que ha llevado a matrimonios de todos los tiempos a la separación o incluso al divorcio

Otra experiencia común a quienes se plantean recurrir a la reproducción asistida es el mismo sujeto de la decisión: ¿quién toma la decisión de someterse a las técnicas de asistencia a la reproducción, la persona individual o la persona conyugal?

Hemos visto cómo históricamente la esterilidad ha sido un mal femenino con consecuencias para hombres y mujeres, es por esto que, con frecuencia, han sido solo las mujeres las que han recurrido a los diferentes recursos que la sociedad ha puesto para lograr la maternidad deseada. En esta ocasión contamos con el testimonio de Raquel, esposa amada de Jacob, a quien lle-

gó a formular con toda claridad su personalísimo deseo: "dame hijos o me muero" (Gn 31,1). Jacob ya los tenía de Lía, hermana de Raquel, esposa fértil pero no amada, y también los tenía de las esclavas de ambas, al modo en que se legitimaba la maternidad en Medio Oriente antiguo, dando a luz sobre las rodillas de la señora. Pero no, Raquel quería hijos propios, pues en ello le iba la vida o la muerte. Jacob tampoco entendía la paternidad como un proyecto de pareja, o al menos así se desprende de la desafección de su respuesta: "¿estoy yo acaso en el lugar de Dios, que te ha negado el fruto del vientre?" (Gn 31,2). El deseo en solitario de Raquel la llevó a pervertir las relaciones con su esposo, con su hermana y, finalmente, encontró la muerte como nunca llegó a imaginar, dando a luz a su hijo Benjamín.

El deseo de paternidad o maternidad individual es lo que ha llevado a matrimonios de todos los tiempos a la separación o incluso al divorcio. En el Derecho Romano no se contemplaba la esterilidad como motivo legal para el divorcio, tampoco ha sido nunca causa de nulidad canónica matrimonial (a diferencia de la impotencia). Sin embargo, la frustración personal no compartida del deseo de descendencia ha acabado no pocas veces con el amor conyugal si lo hubiera o con el vínculo legal en todo caso. En el s. I Valerio Máximo llegó a afirmar que era el motivo más frecuente de divorcio en la época (*divortium bona gratia*, una especie de amigable separación) (Lyndon, 1994, p. 16). Muy conocido fue el caso de Spurius Carvilius Ruga (230 a. C.) que repudió a su esposa por ser estéril sin penalización alguna, pero que se ganó el odio de todo el pueblo. Posteriormente, hubo otros casos conocidos, como el divorcio de Sila y Cloelia (88 a. C.) y Calígula de Lollia Paulina (38 d. C.). También en el s. XVI Luis Lobera de Ávila afirmó que: "la esterilidad o dificultad de empreñarse es un defecto que suele ser causa de



divorcio entre el marido y la mujer o, al menos, que no se tenga aquella afición que es menester” (Lobera de Ávila, 1551, p. 33). Hoy, la infertilidad también es causa más que frecuente de separaciones y divorcios, sin embargo, las parejas que consiguen ser padres por técnicas de reproducción médicamente asistida (TRMA) tienen tasas de divorcio significativamente menores a la media⁵.

Pero también encontramos experiencias gratificantes de infertilidad vivida en pareja, donde el amor es más fuerte que la muerte en su literalidad. Traigo en este epígrafe el testimonio de Turia y Farsalia, que conocemos gracias a la *laudatio* que el esposo escribió a la muerte de Turia. En ellos vemos dos formas de comprender la fecundidad conyugal que conducen a tomar diferentes decisiones, aunque el proyecto sea solo uno, el amor incondicional⁶. Turia y Farsalia se amaban y ese amor se había traducido en múltiples gestos de entrega mutua. Pero ante la esterilidad, el amor de Turia le llevó a tomar una dolorosa decisión:

Desesperando la posibilidad de dar a luz un hijo, sintiendo dolor porque yo, te niéndote como esposa y perdida toda esperanza de descendencia, sufriese por quedarme sin ella, tú me hablaste de divorcio; te ofreciste a abandonar el hogar a la fecundidad de otra mujer, con el único objetivo (puesto que nos entendíamos perfectamente) de procurarme tú misma un enlace digno de mi posición (...). No tendrías nada exclusivamente tuyo, me guardarías afecto y observarías los deberes de una hermana, de una suegra.

Hoy, la infertilidad también es causa más que frecuente de separaciones y divorcios, sin embargo, las parejas que consiguen ser padres por técnicas de reproducción médicamente asistida tienen tasas de divorcio significativamente menores a la media

El amor sincero de Turia por Farsalia fue capaz de renunciar incluso a la expresión de ese amor, por darle aquello que ella creía ser el mayor deseo de su esposo y que ella no podía ofrecerle. Sin embargo, Farsalia tenía claro cuál era su mayor deseo y vehemente (en términos como “exploté”, “quedé fuera de mí”, “estaba horrorizado”) expresa su desconcierto y disconformidad: “¿Cómo podía importarle tener hijos hasta tal punto?” (Balsdon, 1962, p. 205). Su deseo y su vida era Turia, con hijos o sin ellos, no tenía sentido ninguna otra propuesta pues, como llegó a afirmar, ¿cómo cambiar “lo cierto por lo incierto”? (Cantarella, 1996, p. 157).

En nuestros días, la posibilidad de ser padre o madre sin pareja está al alcance de la mano, pues así lo facilitan las técnicas con gametos de donantes o incluso la gestación subrogada. La

5 En los países en desarrollo, la mujer estéril tiene un 14 % más de probabilidad de ser divorciada y, donde es legal la poligamia, un 15-20 % más de probabilidad de que el varón tome otra esposa. En WHO and Macro (2004). *Infertility, infecundity and childlessness in developing countries*. Geneva-Maryland, 46-50. En algunos estudios, la cifra de divorcios de quienes se han sometido exitosamente a TRMA con gametos de donantes se han estimado en el 7,2 %, dato muy alejado del 50 % que apuntan algunas publicaciones en referencia a los matrimonios en general. En Amuzu, B., Laxova R., y Shapiro, S. S. (1990). Pregnancy Outcome, Health of Children, and Family Adjustment after Donor Insemination. *Obstetrics & Gynecology* 75(6), 899-905.

6 *Laudatio quae dicitur Turiae*, en *Fontes Iuris Romani Antiqui, III (Negotia)*, Florencia, 1953, pp. 209 ss. Traducción castellana tomada de: E. Cantarella (1996). *Pasado próximo. Mujeres romanas de Tácita a Sulpicia*. Madrid: Cátedra, pp.154-155.



cuestión ética que atraviesa la historia es si la nueva vida que ha de venir al mundo es fruto del amor de una pareja o de un deseo personal. Su estudio podría ser objeto de ulteriores análisis.

4. Fecundidad genética o biográfica. ¿Por qué?

Hay otra fecundidad de vida que va más allá de la genética, de la biología e incluso del derecho: la fecundidad de vida en el amor, amor entregado personal o conyugalmente a quienes lo necesiten, mostrando al mundo la mejor versión ética de la humanidad

Independientemente del deseo de ser padres o tener un hijo y más allá del sujeto personal o conyugal de la decisión, hay una pregunta que late y da sentido al recurso de las costosas y dolorosas técnicas: ¿por qué someterse a *reproducción asistida cuando hay otras formas de fecundidad no biológica?*

El deseo de un hijo propio, biológicamente propio (genéticamente propio, afirmaríamos hoy), ha sido una constante en la historia. Algunas de las mujeres que hemos presentado en estas páginas ya eran madres no biológicas por otros medios socialmente legítimos, pero no cejaron en su empeño hasta lograr gestar a sus propios hijos. Así lo hizo Sara, ya madre de Ismael que nació de la esclava Agar (Cf. Gen 16,2); también Raquel, con dos hijos –Dan y Neftalí– de su esclava Bilhá, antes de concebir a José (Cf. Gen 30,6.8). Pareciera responder al ancestral deseo

de la humanidad por mantener la propia biografía, el apellido, la identidad en la memoria de la descendencia, fruto del miedo a quedar en el olvido (Moss, 2015, p. 29). Algo más compleja es la obsesión de las monarquías de todo el mundo por los herederos, ya apuntado en estas páginas, cuyo análisis excede la ética y nos llevaría a eternos debates políticos e históricos.

No se nos escapa que en la base de ese deseo se encuentra una cierta sacralización de lo biológico (que hoy traduciríamos más bien por genético), que hace que toda otra comprensión de la propia fecundidad de vida carezca de sentido. La adopción es una institución social tan antigua como la misma humanidad, con diversas modalidades, legislaciones, funciones y objetivos. Sea para dar un heredero a quien no lo tiene (como lo era en el Imperio Romano), o para dar unos padres al hijo que no ha podido o querido ser acogido por los propios (como lo es hoy), la adopción ha contribuido a formar muchas familias, a dar sentido a muchas vidas y a dar vida a muchas biografías sin sentido. Sin embargo, ayer –como hoy– se busca el propio reconocimiento en los hijos, la continuidad genética de lo mejor y lo peor que somos.

Pero hay otra fecundidad de vida que va más allá de la genética, de la biología e incluso del derecho: la fecundidad de vida en el amor, amor entregado personal o conyugalmente a quienes lo necesiten, mostrando al mundo la mejor versión ética de la humanidad.

Múltiples ejemplos tenemos en la historia, gracias también al testimonio de vida que supusieron para la sociedad de su tiempo. Así fue la vida de Margherita Datini (s. XIV), esposa del mercader Francisco de Prato. Ella sí intentó todos los medios a su alcance para ser madre, pero los fracasos junto a las ausencias de su marido le ganaron las burlas de sus familiares. Ella dedicó su vida al cuidado de los hijos de sus amistades,



incluyendo a la hija ilegítima que su esposo tuvo con una sierva (Muir, 2001, p. 6). También nos ha llegado la vida ejemplarizante de don Estevan y doña María (Arcipreste de Talavera, 1952, p. 7). Visto que su matrimonio no recibía el “fruto de bendición” que son los hijos, dedicaron todos sus esfuerzos en realizar obras de caridad y llevar una vida intensa de oración. En este caso, sí alcanzaron a recibir la ansiada bendición pues concibieron a quien fuera San Ildefonso. Una historia de perfil similar a las milagrosas concepciones bíblicas.

En este caso, la opción por uno u otro tipo de paternidad/maternidad habrá de contemplarse en el contexto de otras tantas preguntas éticas y quizás tenga que ser afrontada más en términos de vocación que de elección, como veremos a continuación. Pero, en último término, debe ser una pregunta ineludible que cada uno debe responder con honestidad. La vida buena que de esta respuesta se desprenda dependerá, como en todo acto de amor que engendra vida, de la libertad en la verdad de la que proceda.

5. Elección o vocación. ¿Por qué no?

Y si no tengo pareja, ¿por qué no *debo ser padre o madre*? Pudiera parecer que esta pregunta no tenía sentido antes de 1978, pero no es así o, acaso, no así formulada. Hasta entonces, la pregunta no tenía sentido en estos términos, pues no era cuestión de deber sino de poder: sencillamente, no había otra forma de serlo biológicamente si no era con la unión heterosexual de una pareja. Sin embargo, hoy sí es posible ser padre o madre sin pareja heterosexual, así lo facilitan las técnicas con gametos de donantes y la gestación subrogada.

Antes de 1978, no había otra forma de ser padre o madre biológicamente si no era con la unión heterosexual de una pareja

En la literatura, consta la secreta formulación que quizás algunas mujeres (más difícilmente varones) se hayan hecho en la historia: “¿por qué voy a desesperar yo de ser madre sin esposo, y parir sin contacto con varón?” se preguntaba la casta Juno (Ovidio, 1988, p. 180). La pregunta que aquí presento va más allá de la cuestión ya abordada del proyecto personal o conyugal, e incluye a cualquier sujeto que se plantee traer a la vida a un nuevo ser humano. ¿Es fruto de una elección como tantas otras que hacemos en la vida o más bien una vocación que configura nuestra identidad como padres hasta el final de nuestros días?

Elegir ser padres puede suponer una de tantas elecciones más en la vida y, como tal, despierta nuestro deseo, se lucha por conseguir, requiere de nuestros esfuerzos, se logra, se posee y, potencialmente, puede dejar de ser en algún momento objeto de nuestra elección y deseo. Hemos visto publicados casos alarmantes que han puesto de manifiesto las dramáticas consecuencias para las gestantes y sus hijos gestacionales de los cambios de parecer de quienes contratan⁷. Es lo que tam-

7 Ejemplo de ello fue el escándalo suscitado por la pareja australiana que abandonó al bebé síndrome de Down (no el sano) nacido por gestación subrogada gemelar en Tailandia. Recuperado de http://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2014/08/140802_ult-not_australia_bebe_down_wbm (último acceso: 15/09/2017).



bién se desprende de los constantes casos de reducción embrionaria que se llevan a cabo en quienes eligen ser padres, pero solo de uno y no más; o también de los abortos practicados en el curso de la gestación por TRMA por abandono de la pareja, cambios laborales o cualquier otra condición circunstancial.

La vocación a la fecundidad matrimonial ha llegado a rozar, en ocasiones, la obsesión de forma prácticamente enfermiza en muchos casos en la historia

La vocación a la fecundidad matrimonial ha llegado a rozar, en ocasiones, la obsesión de forma prácticamente enfermiza en muchos casos en la historia. La vocación al matrimonio y a la maternidad/paternidad están necesaria e indeleblemente vinculadas. De todos son conocidos los tres bienes matrimoniales de San Agustín, jerarquizados posteriormente por la Teología y el Magisterio de forma que el *bonum prolis* primaba sobre el *bonum fidei* y el *bonum sacramentum*⁸. También las sociedades y el Derecho que mana de las diferentes culturas han sellado esta interrelación. Así lo encontramos en las Siete Partidas (s. XIII):

“Las razones por que el casamiento fue establecido, mayormente, son dos. La una, para facer hijos, e acrecer el linaje delos omes (...). La otra, para guardar se los omes de pecado de fornicio” (Quarta Partida, título II, ley IIII)⁹.

Pero también encontramos historias de hombres y mujeres de todos los tiempos que han configurado sus vidas desde la paternidad y la maternidad. Parejas que se han entregado para engendrar vida hasta entregar las propias, sellando así la fidelidad sin fisuras a una vocación indudable a ser padres. Vocación real fue la llamada a Abraham y Sara (Cf. Gen 15,5) a contar su descendencia como las estrellas del cielo. Pero la concreción de esa vocación no llegaba, pasaban años, y la ancianidad de ambos no hacía presagiar su cumplimiento. De una u otra forma, la fecundidad en la fe de esta común vocación de la pareja en la historia es indudable. También fue una vocación a la maternidad probada la de la citada Margherita Datini, para quien las vejaciones familiares, las injusticias sociales y las infidelidades matrimoniales no supusieron ningún obstáculo para entregarse generosamente en el cuidado de los niños, sean quienes sean, aunque sea el recuerdo constante de su fracaso conyugal.

El amor lo cambia todo, efectivamente, y el amor a un hijo está marcado por la entrega incondicional de la vida y sus proyectos.

8 Pío XI (1930). Carta encíclica *Casti connubii*. N. 6. Recuperado de https://w2.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19301231_casti-connubii.html (último acceso: 15/09/2017).

9 *Las siete partidas del sabio rey don Alonso el nono, glosadas por el licenciado Gregorio Lopez del Consejo Real de Indias de su Magestad* (reproducción facsímil de la edición de Andrea Portonaris, Salamanca 1555). (1974). Madrid: Boletín Oficial del Estado.



6. Des-esperar, esperar o aprovechar la oportunidad. ¿Cómo?

Cuando no puedo ser madre/padre, ¿cómo afrontar el largo y costoso camino que supone la reproducción asistida, con la incertidumbre de un éxito no garantizado?

En la historia hemos visto experiencias de mujeres que han desesperado hasta desear la muerte si sobreviene el fracaso: Raquel prefirió la muerte a la esterilidad (“dame hijos o me muero” Gn 30,1) y Creusa también percibió su esterilidad con un dolor que no le dejaba vivir (*Ion*, 765). Algunas mujeres enloquecieron, como la reina Doña María, esposa de Alfonso V (s. XV), que sufrió celotipia e importantes trastornos psíquicos y físicos por su esterilidad. Otras perdieron la fe católica, como Gracia Ruiz o Esperanza Villacampa, que llegaron a abrazar el judaísmo por entender la pérdida de sus hijas como un castigo del Dios veterotestamentario (García Herrero, 1998, pp. 225-226).

La esterilidad puede ser una oportunidad para descubrir dimensiones del amor conyugal que de otra forma no se pueden experimentar

No está en la tradición bíblica ni teológica comprender la esterilidad como un castigo de Dios por algún pecado cometido, sin embargo, la sociedad así lo entendió durante siglos y también algunos autores así lo formularon, como Hildegarda de Bingen en el s. XII (Hildegarda de Bingen, 1999, p. 33) y Juan Bromyard en el s. XIV (Bromyard, 1485, pp. 8-10). Es la interpretación que dio Sancho II y todo el pueblo castellano a su falta de heredero, pues había roto el juramento que hizo a su padre Fernando I de Castilla (Gracia, 2007). La culpa y el abandono de Dios lleva a muchos a desesperar.

Sin embargo, aunque nada haga pensar que se alcanzará el legítimo deseo de paternidad, aunque se perciba cómo el caprichoso azar o la arbitrariedad de los dioses lleva hacia un proyecto lejos del soñado, podemos aprender con Creusa que “ninguna situación humana es desesperada” (*Ion*, 1510). Tampoco la ancianidad pudo domeñar la esperanza de Sara, ni el desdén de Jacob a Raquel, ni la incompreensión de los suyos a Ana. Mujeres todas ellas fuertes que supieron esperar.

Y si la fecundidad no sobreviene, como ciertamente habrá ocurrido en la mayoría de las parejas estériles de la historia precientífica, siempre cabe comprender la esterilidad como una oportunidad. De hecho, en la Biblia la esterilidad ha sido la condición de posibilidad para que Dios mostrara su poder salvador sobre su pueblo, las matriarcas de las tribus de Israel fueron estériles, madres de muchos pueblos. Sí, la esterilidad puede ser una oportunidad para descubrir dimensiones del amor conyugal que de otra forma no se pueden experimentar, poniendo en marcha toda la creatividad de la pareja para dar nuevo sentido al proyecto de vida común. Es una invitación a preguntarnos, como hizo Rebeca, “si así ha de ser, ¿para qué estoy aquí?” (Gen 25,22). Es el momento de redescubrir el sentido y reinventar el futuro.

7. Experiencia ética solo imaginable en nuestros días: fruto del amor o de la técnica

Hasta ahora, hemos hecho un gran esfuerzo de integración de dos comprensiones muy diferentes de la reproducción asistida, la precientífica –ineficaz, incomprensible, inalcanzable– y la que vivimos desde hace casi cuarenta años –eficaz, comprensible



y más que alcanzable—. Métodos tan diferentes han sido empleados comportando experiencias y cuestionamientos éticos comunes a todos los tiempos. Sin embargo, las características de las TRMA actuales han hecho que en las últimas dos décadas prácticamente cualquier persona –hombre o mujer, fértil, con pareja o sin ella– pueda plantearse una cuestión nunca antes imaginada: ¿cómo deseo reproducirme, por una relación de amor o recurriendo a la técnica?

La procreación humana tiene más que ver con el ser que con el tener, con el sujeto conyugal que con el personal, con el amor que con la sola técnica, con la fecundidad biográfica que con la biológica

La reproducción asistida se ha comprendido ancestralmente como un remedio para superar la esterilidad, como no podía ser de otra manera. Con las nuevas técnicas y sus amparos jurídicos, un sujeto personal o conyugal perfectamente fértil puede plantearse si por motivos laborales, genéticos, sanitarios o cualquier circunstancia personal que lo justifique, desea ser padre/madre por mediación de las técnicas o sin ellas. Este hecho nos llevaría a hacer un honda reflexión en torno a nuestros orígenes, a la relación de amor conyugal de la que deberíamos (o no) proceder, a la tecnificación exagerada de actos tan humanos como la procreación, también en torno a la justicia o no de unas técnicas solo al alcance de algunos, pues esta pregunta no cabe

formularla entre los pobres. Demasiadas cuestiones abiertas que solo apuntaré por sobrepasar la modesta pretensión de este artículo.

8. Conclusiones

Someterse a reproducción asistida es una experiencia asociada históricamente a muchos sufrimientos y costes personales, pero también a muchas esperanzas y deseos legítimos cumplidos. La procreación humana, más allá de la mera función reproductiva, tiene más que ver con el ser que con el tener, con el sujeto conyugal que con el personal, con el amor que con la sola técnica, con la fecundidad biográfica que con la biológica. Hombres y mujeres de todos los tiempos lo han mostrado en sus vidas y nos ofrecen hoy un ejemplo a considerar en el propio discernimiento del proyecto reproductivo.

Nunca antes del siglo XX, se ha reprobado éticamente la reproducción asistida (Massé, 2015). Apenas encontramos condenas que apuntan a sus desviados orígenes o sus nefastas consecuencias, como la idolatría, la hechicería o la infidelidad. También en eso podemos aprender de la historia, pues hoy, como ayer, hemos de cuestionarnos más allá de la mera técnica y clarificar el sujeto, la finalidad, la motivación más profunda y el modo en que llevar a cabo la decisión procreativa.

Con más de un 8 % de los niños nacidos en España por TRMA en 2016¹⁰, la realidad es muy distinta ciertamente a la de ayer, y los nuevos planteamientos hacen presagiar un futuro no necesariamente más humano, ni éticamente mejor. La propuesta ética de

10 Según el Instituto Nacional de Estadística, en 2016 nacieron en España 408.384 niños, de los que unos 34.000 fueron concebidos por TRMA, tal y como afirmó el presidente de la Sociedad Española de Fertilidad. En http://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736177007&menu=ultiDatos&idp=1254735573002



vida buena que como bioeticistas podemos hacer, quizás deba hoy abrir la mirada hasta alcanzar al sujeto ético que decide recurrir a unas técnicas, que forman ya parte de nuestra sociedad sin que su empleo generalizado sea ya cuestionado.

Bibliografía

- Arcipreste de Talavera. (1952). *Vidas de San Ildefonso y San Isidoro*. Madrid: Espasa Calpe.
- Balsdon, J. P. V. D. (1962). *Roman Women*. London: The Bodley Head.
- Bromyard, J. (1485). "Matrimonium". En *Summa praedicatorum*. Nuremberg.
- Cantarella, E. (1996). *Pasado próximo. Mujeres romanas de Tácita a Sulpicia*. Madrid: Cátedra.
- Eurípides (1978). *Tragedias* (Tomo II). Madrid: Gredos.
- García Herrero, M. C. (1998). Elementos para una historia de la infancia y de la juventud a finales de la Edad Media. En J. I. de la Iglesia Duarte (Coord.), *La vida cotidiana en la edad media: VIII semana de estudios medievales*: Nájera, del 4 al 8 de agosto de 1997 (pp. 223-252). Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Gracia, P. (2007). Algunas reflexiones en torno a la leyenda de Sancho II. *Lingüística y Literatura*, 51, 115-125.
- Hildegarda de Bingen. (1999). *Scivias: Conoce los caminos*. Madrid: Trota.
- Lobera de Ávila, L. (1551). *Libro del regimiento de la salud y de la esterilidad de hombres y mugeres*. Valladolid: Sebastián Martínez.
- Lyndon Reynolds, P. (1994). *Marriage in the Western Church. The Christianization of Marriage During Patristic & Early Medieval Periods*. Leiden: E. J Brill. <https://doi.org/10.1163/9789004312913>
- Massé García, M. C. (2015). *Infertilidad y procreación. Una propuesta ética para un mundo tecnológico*. Madrid: U. P. Comillas.
- Massé García, M. C. (2016). *La esterilidad en la historia. Sufrirla, comprenderla y superarla*. Madrid: Dyckinson.
- Moss, C. R., & Baden, J. S. (2015). *Reconceiving Infertility. Biblical Perspectives on Procreation & Childlessness*. Princeton: Princeton University Press. <https://doi.org/10.1515/9781400873562>
- Muir, E. (2001). *Fiesta y rito en la Europa moderna*. Madrid: Ed. Complutense.
- Ovidio Nasón. (1988). *Fastos*. Madrid: Gredos.
- Platón. (1999). *Diálogos VIII. Leyes (Libros I-VI)*. Madrid: Gredos.
- Zegers-Hochschild, F., Adamson, G. D., Dyer, S., et al. (2017). The International Glossary on Infertility and Fertility Care, 2017. *Human Reproduction* 32(9), 1786-1801. <https://doi.org/10.1093/humrep/dex234>